

Mensaje ético-político de Juan Pablo II al pueblo centroamericano

Ignacio Ellacuría

RESUMEN

Se recoge en este artículo una amplia síntesis de lo que sobre temas ético-políticos dijo Juan Pablo II en su gira por América Central y el Caribe iniciada el 2 de marzo y concluida el 10 de marzo. Fueron 41 discursos y dos mensajes, todos los cuales, más las alocuciones en Roma, han sido tenidos en cuenta a la hora de exponer sus ideas fundamentales sobre la situación política del área desde el punto de vista ético y no tanto desde el análisis científico. En una primera parte se hace presente la realidad centroamericana tal como la vio el Papa, al menos, tal como la expresó en sus palabras, que ya las traía escritas casi en su absoluta totalidad de Roma. El Papa subraya la injusticia estructural que sufren en distinta medida todos estos países y se conmueve por el tremendo dolor que esa injusticia y la violencia desatada están produciendo sobre todo en estos últimos años. En una segunda parte se esquematizan los puntos que el Papa propone como solución: a) la búsqueda de la paz con justicia; b) terminar con la injusticia estructural; c) poner en marcha la enseñanza social de la Iglesia; d) rechazo de la violencia como método de paz y libertad; e) cambio de actitud en busca de la reconciliación; f) la cuestión del diálogo. El artículo no pretende ser adulador ni panegirista, pero tampoco crítico. Quiere presentar el pensamiento del Papa y ofrecer algunas pistas para su mejor entendimiento y para una adecuada puesta en marcha.

Juan Pablo II vino a Centroamérica en viaje apostólico, en peregrinación evangélica. No se cansó de repetirlo una y otra vez. Y aunque los grandes medios de comunicación social y las fuerzas políticas buscaban ante todo la entonación política de sus palabras y de sus gestos ha de

aceptarse que en la intención del Papa su viaje era ante todo pastoral, buscaba el robustecimiento de la fe de los cristianos y el perfeccionamiento de su vida. Pero Juan Pablo II sabe muy bien que no se pueden separar las cosas del espíritu y las cosas de la historia: "Esta Iglesia, con su doctrina y ejemplo, el de sus santos y maestros, nos exhorta a ocuparnos no sólo de las cosas del espíritu, sino también de las realidades de este mundo y de la sociedad humana de que somos parte. Nos exhorta a comprometernos en la eliminación de la injusticia, a trabajar por la paz y superación del odio y la violencia, a promover la dignidad del hombre, a sentirnos responsables de los pobres, de los enfermos, de los marginados y de los oprimidos, de los refugiados, exiliados y desplazados, así como de tantos otros a los que debe llegar nuestra solidaridad (**Homilía**, Costa Rica). Y, efectivamente, Juan Pablo II en su misión apostólica y pastoral dijo muchas cosas que tienen que ver con la realidad social y política. Son estas cosas las que queremos recoger, ordenar y sistematizar en este artículo, pues su olvido supondría una grave mutilación de su viaje y de su mensaje, como también el olvido de sus palabras más explícitamente 'espirituales' supondría una visión parcial de lo que el Papa quiso transmitir.

Como el propio Juan Pablo II reiteró, el viaje por Centroamérica y Haití hay que tomarlo como unidad. Todos los discursos forman un solo conjunto no sólo por quien lo dice, sino también por aquello que dice y por aquellos a los que se dirige. El que haya seleccionado los lugares donde dijo unos u otros tiene, sin duda, su significación pero no desvirtúa el principio metodológico fundamental de que sólo se alcanza la totalidad y unidad de su pensamiento si se tienen en cuenta todas sus palabras hayan sido dichas en Nicaragua o Costa Rica, Guatemala o El Salvador, Honduras o Panamá, Belice y Haití... Es lo que vamos a procurar hacer en los siguientes párrafos.

1. La realidad de los pueblos centroamericanos

El Papa vino a Centroamérica abrumado por la situación que viven nuestros pueblos. Le resultaba ya un cargo de conciencia insoportable no hacerse presente materialmente —espiritualmente ya lo estaba— en uno de los puntos de la tierra donde más se sufre, donde las mayorías populares casi en su totalidad cristianas viven en lo que Juan Pablo II ha llamado el

"Getsemaní y calvario de vuestros pueblos" (**Anuncio del viaje**). "Es precisamente esa realidad en la que vivís... que sufrís intensamente, y que experimentáis el flagelo de la división, de la guerra, del odio, de la injusticia secular, de los enfrentamientos ideológicos que sacuden al mundo y que hallan escenario de conflicto en poblaciones inocentes anhelantes de paz" (ib.).

¿Cómo ve el Papa esa realidad? Para saberlo recojamos abundantemente sus palabras para después analizarlas más sistemáticamente.

En Costa Rica, su primera escala y a pesar de que no es el país centroamericano más típico en este orden de cosas Juan Pablo II dijo: "ha resonado con acentos de urgencia en mi espíritu el clamor desgarrado que se eleva desde estas tierras y que invoca la paz, el final de la guerra y de las muertes violentas; que implora reconciliación, desterrando las divisiones y el odio; que anhela una justicia, larga y hasta hoy inútilmente esperada..." (**Saludo**, Costa Rica). Y a los obispos centroamericanos reunidos en San José les especificaba: "Hay desgraciadamente factores de división que se ciernen peligrosamente sobre vuestros países. Abundan las tensiones, los enfrentamientos que amenazan con graves conflictos y se han abierto las puertas al torrente desolador de la violencia en todas sus formas. ¡Cuántas vidas segadas cruel e inútilmente! Pueblos que tienen derecho a la paz y a la justicia se ven sacudidos por luchas inhumanas, por el odio, la venganza. Gentes honradas y laboriosas han perdido la tranquilidad y la seguridad" (**Allocución obispos**, Costa Rica). Y en la misma ocasión habla el Papa de "pueblos que sufren intensamente y desde hace largo tiempo" (ib), de "situaciones de lucha y de desconfianza, de inhumanidad, que por desgracia prevalecen dolorosamente en más de una nación de esta área geográfica" (ib.). En este aspecto de la realidad a las religiosas les recomienda mirar en concreto la situación de vuestros pueblos "las inquietudes que agitan la sociedad, el frágil equilibrio de la paz, las tareas de promoción de la justicia todavía por realizar" (**Allocución religiosas**, Costa Rica). A los jóvenes, por su parte, les habló de los frutos amargos que produce la filosofía del egoísmo, del placer, de la desesperanza, de la nada, del odio, de la violencia; "¡Cuántas lágrimas, cuánta sangre derramada por causa de la violencia, fruto del odio y del egoísmo!" (**Discurso jóvenes**, Costa Rica).

En Nicaragua Juan Pablo II no insistió demasiado en la descripción de la realidad social,

**Esta Iglesia, con su doctrina y ejemplo,
el de sus santos y maestros, nos exhorta a ocuparnos no sólo de las cosas
del espíritu, sino también de las realidades de este mundo
y de la sociedad humana...**

económica y política, conocedor de los esfuerzos nicaragüenses por superar un pasado de pureza e injusticia: "esta amada tierra de Nicaragua, tan poblada, tan heroica ante las calamidades naturales que la han azotado; tan vigorosa y activa para responder a los desafíos de la historia y procurar edificar una sociedad a la medida de las necesidades materiales y de la dimensión trascendente del hombre" (**Homilía**, Nicaragua). Pero también desde el aeropuerto Sandino habló el Papa de "los sufrimientos de pueblos inocentes de esta área del mundo" (**Saludo**, 2, Nicaragua) de conflictos sangrientos, de odio y de acusaciones estériles (ib.).

En Panamá y frente a los campesinos Juan Pablo II subraya las características de la realidad agraria de nuestros países: "Sé de las condiciones de vuestra precaria existencia: condiciones de miseria para muchos de vosotros, con frecuencia inferiores a las exigencias básicas de la vida humana" (**Discurso campesinos**, 3, Panamá). "Sé que el desarrollo económico y social ha sido desigual en América Central y en este país; sé que la población campesina ha sido frecuentemente abandonada a un innoble nivel de vida y no rara vez tratada y explotada duramente. Sé que sois concientes de la inferioridad de vuestras condiciones sociales y que estáis impacientes por alcanzar una distribución más justa de los bienes y un mejor reconocimiento de la importancia que merecéis y del puesto que os compete en una nueva sociedad más participativa" (ib.). Incluso enfrenta la situación del Tercer Mundo con la de los países desarrollados, en los que el sector agrícola agrupa menos del 10 por ciento de la población activa, mientras que "en muchos países del Tercer Mundo, el mismo sector representa hasta el 80 por ciento de la población total, con un sistema tradicional de agricultura de mera subsistencia" (ib., 4). Con esta ocasión recoge Juan Pablo II lo que había escrito en la **Laborem exercens** por ser especialmente pertinente a la situación centroamericana: "En ciertos países en vías de desarrollo, la mayoría de los hombres son obligados a cultivar las tierras de otros, y son explotados por los grandes propietarios hacendados, sin esperanza de poder jamás acceder personalmente a la posesión de un pedazo de tierra. No existen

formas de protección legal de la persona del trabajador del campo y de su familia para la vejez, enfermedad o desocupación. Largas jornadas de duro trabajo físico son pagadas miserablemente. Tierras cultivables son abandonadas por sus propietarios; títulos legales de posesión de un pequeño terreno, cultivado por cuenta propia desde años atrás, no son reconocidos o no pueden defenderlos delante del 'hambre de la tierra' que anima a los individuos o grupos más poderosos" (**Laborem exercens**, 21). Y acaba denunciando "la dramática distancia que separa a los que tienen mucho de los que no tienen nada" (**Discurso campesinos**, 7, Panamá).

En parecidos términos se expresa el Papa en el mensaje a los obreros del área, que el Santo Padre no pronunció, pero que lo entregó a tres obreros en San Pedro Sula, un mensaje "que dirijo a todos los obreros de América Central, Belice y Haití". En él se lee: "Ninguno ignora que muchas de las condiciones actualmente existentes son injustas; que las estructuras económicas no sirven al hombre; que tantas situaciones reales no elevan la dignidad humana; que la naciente industrialización crea ya un cierto grado de desempleo, particularmente dañoso para la juventud. (**Mensaje obreros**, 1, Honduras). Aunque de forma positiva y en busca de soluciones el Papa no deja de subrayar que el sistema vigente da prioridad al capital sobre el trabajo y en él las fuerzas del mercado son factor determinante en el proceso productivo, "porque no es aceptable que el poderoso obtenga grandes ganancias, dejando al trabajador unas migajas. Ni es aceptable que gobierno y empresarios, sean de dentro o de fuera del país, estipulen acuerdos entre sí mismos, beneficiosos para ambos, excluyendo la voz del trabajador en este proceso o su participación en los beneficios" (ib., 4). También le preocupa al Papa el doble fenómeno del paro y del analfabetismo. "El problema del desempleo es una lacra de nuestro mundo, debido a diversas causas económicas y políticas. También a la Iglesia preocupa este problema, que tiene un significado no sólo social o económico, sino también personal, psicológico y humano, porque humilla a la persona a sus propios ojos, le provoca un cierto sentimiento de inutilidad e indefensión, cons-

tituyendo una experiencia dolorosa sobre todo para los jóvenes y los padres de familia" (ib., 5).

Al dirigirse a los indígenas de Guatemala Juan Pablo II muestra, en primer lugar, un gran respeto por sus culturas: "Vuestras culturas indígenas son riqueza de los pueblos, medios eficaces para transmitir la fe, vivencias de vuestra relación con Dios, con los hombres y con el mundo" (**Discurso indígenas**, 3, Guatemala). Pero pronto pasa a la situación real: "También en este momento la Iglesia conoce, queridos hijos, la **marginación** que sufrís; las **injusticias** que soportais; las serias dificultades que teneis para defender vuestras tierras y vuestros derechos; la frecuente falta de respeto hacia vuestras costumbres y tradiciones" (ib., 4). Todo el discurso rezuma la preocupación papal por una situación insostenible.

Campeños, obreros e indígenas, que en su conjunto representan la inmensa mayor parte de nuestros pueblos muestran en su misma realidad lo que es la realidad de nuestros países. Pero el Papa, después de sus advertencias en Costa Rica, Managua y Panamá siguió insistiendo en los rasgos dolorosos de la situación centroamericana.

Así en El Salvador habla de una "situación, todavía no irreparable, que ha sido sementera de dañosas divisiones y, peor aun, del derramamiento de tanta sangre inocente por todo el suelo nacional" (**Saludo**, El Salvador), donde claramente se juzga la mucha sangre derramada como inocente, esto es, no culpable ni criminal como tantas veces se dice en los comunicados oficiales.

Por otra parte, antes de comenzar la misa, Mons. Rivera y Damas, que acaba de ser nombrado arzobispo de San Salvador dijo que "ha coexistido entre nosotros una situación de pecado social, que ha hecho crisis y ha culminado en un largo y sangriento conflicto, alimentado por intereses foráneos que ha segado muchas vidas, la más ilustre de todas y la más apreciada de todos nosotros, la de mi predecesor de imperecedera memoria, Mons. Romero, profeta y pastor" (**L'Observatore Romano**, 20 de marzo, 1983, p. 2). Inmediatamente el Papa señaló "el mal que penetra en los corazones y en las estructuras sociales. El mal de la división entre los hombres, que ha sembrado el mundo de sepulcros con las guerras, con esa terrible espiral de odio que arrasa, aniquila, en forma tétrica e insensata" (**Homilía**, El Salvador). Y refiriéndose más concretamente a la situación salvadoreña prosiguió: "¡Cuántos hogares destruidos! ¡Cuántos refugiados, exiliados y desplazados! ¡Cuántos niños huérfanos! ¡Cuántas vidas nobles, inocentes, tronchadas cruel y brutalmente! **También de sacerdotes, religiosos, religiosas**, de fieles servidores de la Iglesia, e incluso de **un Pastor celoso y venerado**, arzobispo de esta grey, Mons. Oscar Arnulfo Romero..." (ib., 3). Aquí recupera como víctima inocente a Mons. Romero, a sacerdotes, religiosos y religiosas y otros fieles servidores de la Iglesia, a quienes de nuevo oficialmente se les había tachado de hombres traidores a su fe y a su ministerio, de hombres pasados al servicio del comunismo internacional. Indirectamente tilda



de pecadores al rico "despreocupado, injusto, complacido de la egoísta posesión de sus bienes" (ib., 5), al que acude al terrorismo, a quien rumia rencores y odios. Al hablar a los sacerdotes de El Salvador y de toda el área centroamericana los llama "presbíteros de una Iglesia que ha sufrido y sufre todavía" (**Alocución sacerdotes**, 1, El Salvador). Tan grave es la situación que la misión sacerdotal puede exigir el don de la vida, "entregada momento tras momento en una oblación cotidiana, o en la ofrenda completa como algunos de vuestros hermanos" (ib., 2). Finalmente, en la despedida del aeropuerto Juan Pablo II dijo: "en estas horas he contemplado el rostro dolorido de este querido pueblo fiel; he podido acercarme a tantos hijos que por diversas razones sufren y lloran" (**Despedida**, El Salvador).

Poco después saludaba en Guatemala a las autoridades que no habían atendido el llamado papal a suspender la ejecución de seis condenados a muerte. "Esta nación ha sido varias veces, aun en tiempos recientes, escenario de calamidades que han sembrado muerte y destrucción en muchos hogares. Y hoy sigue sufriendo el flagelo de la lucha entre hermanos que provoca tanto dolor" (**Saludo**, Guatemala). En un contexto teológico el Papa eleva a categoría religiosa el mal que se abate sobre los pueblos centroamericanos: "cuando se atropella al hombre, cuando se violan sus derechos, cuando se le somete a las torturas, se le violenta con el secuestro o se viola su derecho a la vida, se comete un crimen y una gravísima ofensa a Dios; entonces Cristo vuelve a recorrer el camino de la pasión y sufre los horrores de la crucifixión en el desvalido y oprimido" (**Homilía 5**, Guatemala). Y al defender el derecho a la vida puntualiza: "recordemos, sin embargo, que se puede hacer morir al hermano poco a poco, día a día, cuando se le priva del acceso a los bienes que Dios ha creado para beneficio de todos, no sólo para provecho de unos pocos" (ib. 6). El Papa habla asimismo de "lacras seculares" (ib., 7). En el mensaje al mundo universitario encomienda a la Universidad "superar las crueles divisiones y luchar contra las indignidades físicas, morales y espirituales que deshonran actualmente a la humanidad" (**Mensaje universitario**, 8, Guatemala). El Papa en telegrama al episcopado guatemalteco había hecho sentir su inmensa pena por las recientes ejecuciones capitales llevadas a cabo en Guatemala, que el nuncio calificó de hecho deplorable e increíble (**L'Osservatore Romano**, 20 de marzo, 1983, p. 12). Sin

embargo, el Papa soslayó el hecho en sus discursos públicos.

En Honduras, fuera del mensaje a los obreros, la situación social no quedó aludida de modo tan dramático como lo había sido en otras naciones. Al predicar que, como María, debe rechazarse todo lo que es contrario al Evangelio, Juan Pablo II señaló: "el odio, la violencia, las injusticias, la falta de trabajo, la imposición de ideologías que rebajan la dignidad del hombre y de la mujer" (**Homilía**, 5, Honduras). Y ya refiriéndose a toda Centroamérica en su oración a la Virgen habla de nuevo de las lágrimas de los que lloran, de los que han perdido a sus seres queridos, de los exiliados y lejanos de su hogar (ib., 6). Al despedirse de Honduras el Papa deseó "a este noble país un continuo progreso económico, social, cultural moral y espiritual; para que toda la población pueda vivir en una atmósfera de libertad, de confianza, de justicia y de paz" (**Despedida**, Honduras). Tampoco en Belice hubo especiales referencias a la situación social, sino más bien palabras de aliento.

En Haití se volvió a encontrar Juan Pablo II con situaciones dramáticas. Positivamente asumió la componente racial y cultural típica del pueblo haitiano: "Por primera vez en mis visitas a América Latina, me sucede estar en un país cuya población está constituida en su mayoría por gente de color, en particular por negros. Percibo en esto un signo de especial importancia porque me da la ocasión de entrar directamente en relación con la tercera componente de la cultura y la civilización de estos pueblos de América Latina y Central: gentes venidas de África, integradas profundamente con las otras civilizaciones originarias de América misma o venidas de Europa, para formar, a partir de estas riquezas, una realidad típica" (**Homilía**, 1, Haití). Pero el Papa recoge inmediatamente lo que en la preparación del congreso eucarístico la Iglesia había puesto de coraje para enfrentarse con las duras realidades actuales. "Pero los cristianos han constatado también la división, la injusticia, la excesiva desigualdad, la degradación de la calidad de vida, la miseria, el hambre, el miedo de mucha gente; han pensado en los campesinos incapaces de vivir de su propia tierra, en las gentes que se amontonan, sin trabajo, en las ciudades, en las familias deshechas, en las víctimas de diferentes frustraciones..." (ib., 4).

Pero en Haití se encontró también con la conferencia del CELAM, que reunía a obispos de todo el continente latinoamericano donde les

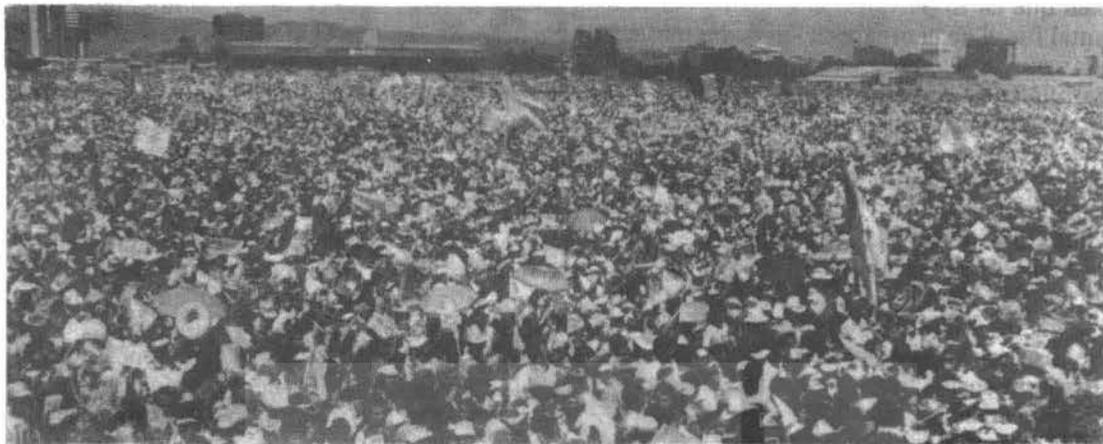
habló de lo que es su "contradicción radical": inmensas zonas de miseria, de analfabetismo, de enfermedad, de marginación. Un análisis sincero de la situación muestra cómo en su raíz se encuentran hirientes injusticias, explotación de unos por otros, falta grave de equidad en la distribución de las riquezas y de los bienes de la cultura. A este problema se añade otro de igual gravedad: la historia reciente hace ver con frecuencia que, sea por idealismo mal orientado, sea por presión ideológica, sea por interés de partido o de sistema dentro del juego de las hegemonías, muchos jóvenes ceden a la tentación de combatir la injusticia con la violencia. Y así, al querer reprimirla con otra violencia, se desencadena el proceso que a todos nos apena e inquieta" (**Alocución CELAM, 3, Haití**). Hay así para el Papa un círculo vicioso de la muerte, drama de violencia que ya ha hecho correr demasiada sangre (ib., 4).

Ya de regreso en Roma el 13 de marzo Juan Pablo II dio una primera síntesis de la situación que había encontrado: "muchas son las tensiones y los sufrimientos que gravitan sobre la vida de estas sociedades. Los sucesos de los últimos años han causado muchas víctimas. He tratado de dar testimonio de ello" (**L'Osservatore romano, 20 de marzo, p. 1**). El 16 de marzo volvió el Papa sobre el tema y reconoció que había encontrado en Centroamérica pueblos que en nuestros días participan, de forma especial, de la tentación y del sufrimiento que afectaron también a Cristo. El programa de su viaje "era particular para cada país y, al mismo tiempo, común para todos" (**Audiencia, 16 de marzo, 3**). Da el Papa por sabido que las sociedades visitadas en su viaje "particularmente algunas de ellas, permanecen en un estado de gran tensión interna, y algunas son, sin duda alguna, escenario de guerra" (ib., 4). "Las tensiones tienen su origen en las viejas estructuras socio-económicas, en las estructuras injustas que permiten la acumulación de la mayoría de bienes en las manos de una élite muy reducida, juntamente con la simultánea pobreza y miseria de una inmensa mayoría... Los acontecimientos de los últimos años demuestran,

sin embargo, que se trata más bien de buscar soluciones por medio del camino de la violencia, imponiendo la guerrilla, que solamente en El Salvador ha causado ya decenas de millares de víctimas, incluido el arzobispo Oscar Romero. Esta lucha se lleva a cabo, en notable medida, con la ayuda de fuerzas extranjeras y con las armas suministradas desde el exterior contra la voluntad de la inmensa mayoría de la sociedad, la cual desea, en cambio, la paz y la democracia" (ib.,). El texto por lo que se refiere a la guerrilla de El Salvador es tan falso y causó tal estupor que el portavoz oficial de la Santa Sede, padre Romeo Panciroli, tuvo que salir al paso con una nota aclaratoria en la que se explica la confusión. Según esta nota, donde dice "guerrilla" debe decir "guerra civil", porque eso es lo que el Papa había escrito de su puño y letra en polaco y que el traductor descuidadamente vertió como guerrilla (E. Zuñeda, "El CELAM apuesta por la continuidad", **Ecclesia, 26 de marzo, 1983, p. 24**).

Tenemos así el conjunto de reflexiones que el Papa hizo con ocasión de su viaje a Centroamérica sobre su juicio de lo que es la realidad socio-política en la que viven los pueblos centroamericanos. El último texto tenido ya en la plaza de San Pedro señala cuál es el esquema central de su interpretación: se da, ante todo, una secular injusticia estructural plasmada en estructuras injustas que posibilitan la acumulación de grandes riquezas en manos de muy pocos mientras las inmensas mayorías se ven desprovistas de lo más necesario, ya no digamos de una justa participación en los bienes del país económicos, culturales, sociales y políticos. Ante este hecho masivo y secular se ha respondido en los últimos tiempos y especialmente en algunos lugares con la guerra civil, con la violencia armada, fomentada en gran parte desde fuera de la región. Esta violencia ha causado inmensos males, sobre todo la pérdida multitudinaria de vidas inocentes y unas tremendas tensiones, que lejos de resolverse se van agravando. El dolor y el sufrimiento invaden a los pueblos, que ven aumentados con la violencia sus sufrimientos y males seculares con la violencia causada por el enfrentamiento militar

..ha resonado con acentos de urgencia en mi espíritu el clamor desgarrado que se eleva desde estas tierras y que invoca la paz, el final de la guerra y de las muertes violentas; que implora reconciliación desterrando las divisiones y el odio; que anhela una justicia, larga y hasta hoy inútilmente esperada.



de los que quieren hablar y actuar en favor de las mayorías oprimidas y explotadas y en contra de las minorías opresoras y explotadas.

El estilo y aun el "género literario" que el Papa adoptó en su viaje pastoral y apostólico a Centroamérica son predominantemente religiosos. El Papa no ha hecho propiamente análisis históricos estrictos ni análisis sociales rigurosos. No ha sido esa su intención, lo cual no significa que no debe hacerse ese tipo de análisis, sin los cuales no se puede dar un diagnóstico adecuado ni, consiguientemente, una solución real. Un tipo de planteamiento no excluye el otro, antes hay que buscar entre ellos la debida complementación. El Papa, por ejemplo, pide a las universidades que pongan su peso considerable "en la lucha por la justicia social... La universidad tiene a su disposición un inmenso poder moral para defender la justicia y el derecho, actuando en conformidad con sus propios medios, que son los del saber competente y de la educación moral" (*Mensaje universitarios*, 7, Guatemala).

El Papa acepta que el origen y la raíz de los males es el mal fundamental de la injusticia estructural. En este punto coinciden la denuncia religiosa y el análisis histórico y sociológico. Más aún, el Papa describe causas y efectos de ese mal fundamental que se objetiva en estructuras injustas. El Papa habla así de desarrollo económico y social desigual, de nivel de vida innoble, de dura explotación, de dificultad de acceder a la propiedad de la tierra que se trabaja, de largas jornadas de trabajo pagadas miserablemente, de 'hambre de la tierra' por parte de individuos y grupos poderosos, de estructuras económicas que no sirven al hombre, de la falsa prioridad del

capital sobre el trabajo, de la muerte que se sufre día a día por falta de recursos materiales, de impedimentos de todo tipo para participar en la vida política y empresarial... Todo esto puede cuantificarse más, puede articularse mejor, pero en lo fundamental están dados los datos estructurales injustos, sus causas y sus efectos. El Papa, pues, deja bien asentado cuál es el mal principal desencadenante de los otros males, que si no se supera seguirá produciéndolos.

A continuación constata el Papa que a este mal se le ha procurado poner remedio por la violencia armada en aquellos países en que se da o se sigue dando el fenómeno de la guerrilla: Nicaragua, Guatemala y El Salvador. Una guerrilla alimentada por ideologías de las que el Papa no da el nombre, pero que las cualifica como no respetuosas de la dignidad humana... Evidentemente se da el hecho de la guerrilla. Pero este hecho no es la inmediata respuesta en todos los casos al problema de la injusticia estructural. Lo fue en Nicaragua donde los obispos hablaron muy concretamente del derecho a la insurrección armada contra la injusticia estructural y política representada por el somocismo; esa lucha armada terminó con la victoria de los insurrectos, que han impuesto un régimen social y político que tiende directamente a la superación de la injusticia estructural y a la consecución de la paz, reclamada a gritos en la misa papal contra la violencia no condenada nominalmente de las fuerzas somocistas y/o liberales. No lo ha sido en El Salvador sin negar que las organizaciones político-militares tuvieron ya desde sus inicios un componente de violencia como en el caso de los secuestros y de algunos asesinatos; pero es claro

también que en El Salvador el primer paso fundamental fue el de la organización de las masas y el de las movilizaciones que no suponían por lo general violencia armada y que desde luego no constituían un enfrentamiento militar. Algo parecido ha de decirse de Guatemala, aunque en menor grado. Sólo cuando estos medios de presión no armada fueron desarticulados o se vio que con ellos solos no se podía quitar el poder a los representantes de la injusticia estructural es cuando se dio toda preeminencia a la lucha armada, a la guerra militar. Esta es la secuencia histórica de los hechos, aun cuando pueda discutirse cuál era la intencionalidad de los dirigentes.

Por eso en las palabras del Papa falta un término que es esencial en nuestra historia reciente y que ha sido recogido por los analistas y aun por las organizaciones internacionales (OEA y ONU) y sobre todo por Mons. Oscar Arnulfo Romero, tan dignamente reivindicado por las palabras y gestos de Juan Pablo II. Esa palabra es: represión. Quizá el único lugar donde el Papa hizo alusión a este fenómeno, sin el cual no se puede explicar ni la marcha del proceso ni los sufrimientos del pueblo, es con ocasión de su alocución al CELAM: "y así, al querer reprimirla con otra violencia, se desencadena el proceso que a todos nos apena e inquieta". La represión sería así la respuesta a la violencia guerrillera. Lo cual sin duda tiene mucho de verdad, pero a condición de que se puntualicen algunos elementos esenciales: ha habido represión en estos países antes de que hubiera violencia guerrillera; la represión es un componente fundamental de conservación del orden injusto y de amedrentamiento a todo aquel que quiera cambiarlo aun por medios no violentos como son la organización sindical y campesina; la represión tiene autonomía propia; la represión es uno de los elementos definitorios de nuestra situación; la represión es conducida en gran parte por los representantes del Estado lo cual permitió a la Comisión Interamericana de Derechos Humanos de la OEA hablar de un terrorismo de Estado.

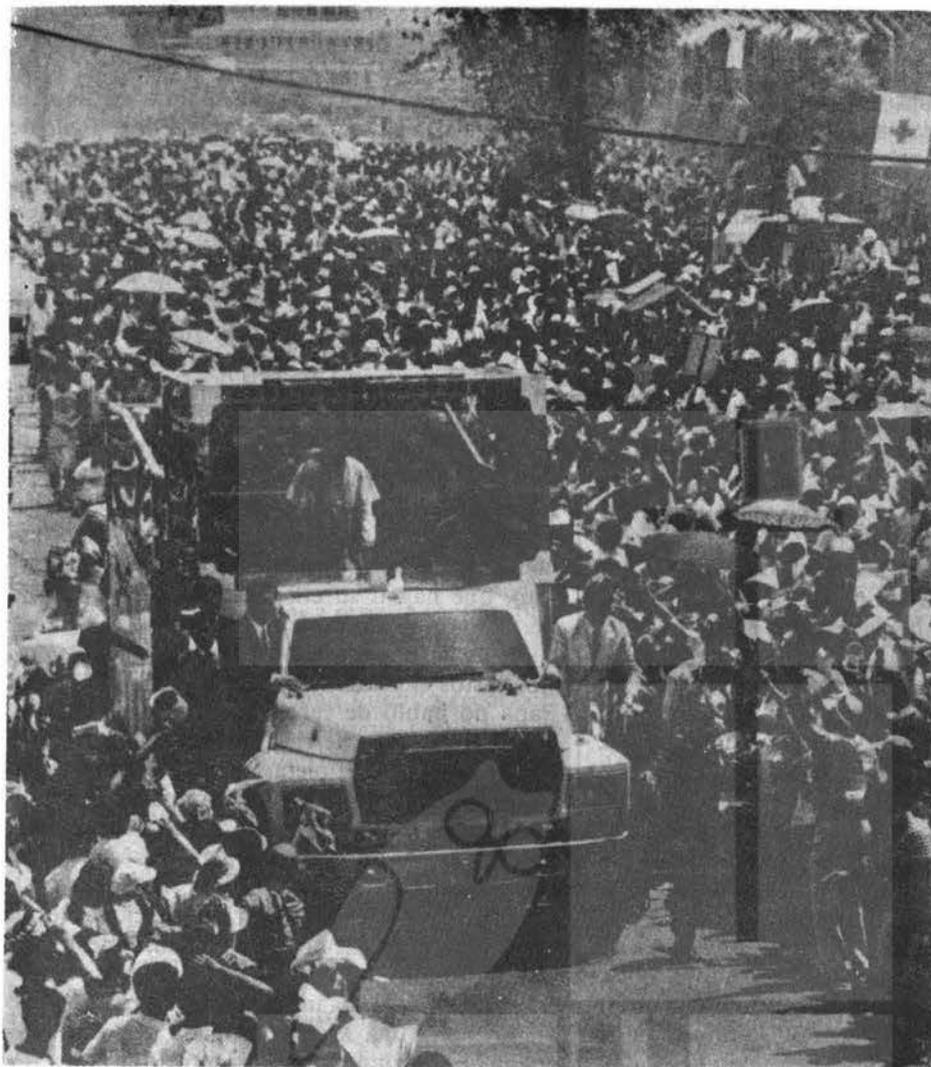
Otro punto que el Papa no pudo desarrollar adecuadamente es el de las diferentes formas de intervencionismo extranjero. Lo señaló y lo rechazó, pero no lo cuantificó y cualificó. Así dijo que "esta lucha se lleva a cabo, en notable medida, con la ayuda de fuerzas extranjeras y con las armas suministradas desde el exterior contra la voluntad de la inmensa mayoría de la sociedad" (cfr. supra), lo cual realmente es una denuncia muy significativa y que fue, además, insi-

nuada en repetidas ocasiones. Si nos atenemos al caso de El Salvador ha de concederse que la intervención principal es la de Estados Unidos que en los últimos años ha dado cientos de millones de dólares para la guerra y para la represión. La guerra de El Salvador podría entenderse sin la participación de los países comunistas; no puede entenderse de ningún modo sin la participación y la ingerencia de Estados Unidos tanto en lo político como en lo militar. Esto no supone el negar que países comunistas ayuden de múltiples formas al FMLN; indica tan sólo que no pueden equipararse los influjos y las presencias de un bloque y de otro. El intervencionismo militar norteamericano es cuantitativa y cualitativamente el predominante y el plenamente comprobado; el intervencionismo del bloque comunista no ha podido ser probado fehacientemente al menos en una medida notable.

Resultado de todo esto es el dolor masivo de los pueblos, punto en el que el Papa insistió más y con más calor humano y cristiano. Es un hecho masivo, indiscutible, que conmovió el corazón de Juan Pablo II y que fue una de las razones principales de su visita. Aquí el Santo Padre no tenía por qué poner freno a sus palabras y no lo puso. Es comprensible que en otros temas más políticos su cautela y prudencia fueran mayores. Pero respecto del dolor y sufrimiento sobre todo de los más pobres se hizo su voz y su defensor, "ese clamor dolorido es al que querría dar voz con mi visita; la voz que se apaga en la ya acostumbrada imagen de las lágrimas o muerte del niño, del desconsuelo del anciano, de la madre que pierde sus hijos, de la larga fila de huérfanos, de los tantos millares de prófugos, exiliados o desplazados en busca de hogar, del pobre sin esperanza ni trabajo" (Saludo, 3, Costa Rica).

2. La solución al problema centroamericano

Repitamos una vez más que el viaje papal fue ante todo un viaje evangelizador. Su finalidad principal era avivar la fe y mucha de su predicación fue orientada en este sentido con la convicción, eso sí, de que la conversión cristiana del corazón puede aportar muchísimo a la solución de los problemas centroamericanos, que el anuncio de las concepciones y los valores de la fe cristiana pueden orientar en gran medida la búsqueda y el encuentro de respuestas adecuadas. Más aún, el propio Papa reconocía sus límites a la hora de propiciar soluciones. Al despedirse de toda Centroamérica en el aeropuerto de Guate-



mala dijo: "No podía traerles la solución hecha, ante problemas complejos que escapan a la capacidad de la Iglesia. Pero me he acercado a ellos con respeto y cariño, con una palabra que diera voz, ante el mundo, a sus sufrimientos callados y a veces olvidados; con una palabra de invitación al cambio de actitudes interiores, que hagan embocar el camino hacia la paz en la justicia y dignidad; con una palabra de aliento y de esperanza, que aun puede reverdecer en corazones asolados por el dolor y la violencia" (**Despedida**, Guatemala). El Papa, fiel a su ministerio y su misión, no pretende tampoco dar soluciones técnicas a problemas complejos. Pero no por eso deja de promover soluciones. ¿Cuales son éstas?

a) El objetivo final es claro: paz con justicia, paz con dignidad. El Papa quiere y busca que cesen los dolores del pueblo, los sufrimientos de las

grandes mayorías, especialmente de los más pobres. Sabe que esos sufrimientos y dolores tienen dos causas: una fundamental que es la injusticia estructural y otra que es la violencia. Una y otra causan tensiones, suscitan odios, llevan a terribles matanzas, amenazan con traer una guerra todavía más extensa y profunda a toda la zona. No quiere el Papa una paz cualquiera. "Volveré con frecuencia al tema de la justicia y de la paz. No ahorraré esfuerzos para rogar a todos que movilicen las energías existentes a fin de lograr que la una y la otra alumbren vuestro destino tanto dentro de cada país como a nivel internacional. Sí, perseverad a toda costa la concordia entre vuestras naciones. Nada tan lamentable y alarmante como la mera amenaza de una guerra que arrasaría a los países en la contienda y los convertiría en luctuoso escenario de intereses

foráneos" (**Alocución obispos**, 8, Costa Rica). En El Salvador repetiría con énfasis: "**Que haya paz entre vuestros pueblos. Que las fronteras no sean zonas de tensión, sino brazos abiertos de reco. ciliación**" (**Homilía**, 6, El Salvador). Y recogiendo el mismo lema que se gritó en la misa de Managua diría también en El Salvador: "Estais, con todo derecho, **sedientos de paz**. Surge de vuestros pechos y gargantas un clamor de esperanza. **¡Queremos la paz!**" (ib.). Pero una paz verdadera: "al hablar de conversión como camino para la paz, no abogo por una paz artificiosa que oculta los problemas e ignora los mecanismos desgastados que es preciso componer. Se trata de una paz en la verdad, en la justicia, en el reconocimiento integral de los derechos de la persona humana. **Es una paz para todos**, de todas las edades, condiciones, grupos, procedencias, opciones políticas. **Nadie debe ser excluido del esfuerzo por la paz**" (ib., 6). La paz, por tanto, que se busca es la verdadera paz y no precisamente una paz muerta, una paz de los cementerios respaldada por la fuerza y el temor sino una paz viva, una paz que es resultado de un justo orden social y de una buena disposición de los ánimos. Se trata, en definitiva, de instaurar una civilización del amor donde todos los hombres y todo el hombre puedan alcanzar la plenitud de su libertad y la plenitud de su desarrollo.

b) Esa paz implica terminar con lo que se piensa ser la raíz última de todos los males, incluida la falta de paz: la injusticia estructural, las estructuras injustas. En Haití lo dijo el Papa con toda claridad: "hay una profunda necesidad de justicia, de una mejor distribución de los bienes, de una organización más equitativa de la sociedad, con más participación, una concepción más desinteresada de servicio a todos por parte de los que ostentan responsabilidades; hay el deseo legítimo, para los medios de comunicación y la política, de una libre expresión respetuosa de las opiniones de los otros y del bien común; hay necesidad de un acceso más abierto y más satisfactorio a los bienes y a los servicios que no pueden continuar siendo patrimonio de algunos: por ejemplo, la posibilidad de saciar el hambre y ser atendido, la casa, la escolarización, la victoria sobre el analfabetismo, un trabajo honesto y digno, la seguridad social, el respeto de las responsabilidades familiares y de los derechos fundamentales del hombre. En resumen, todo lo que hace que el hombre y la mujer, los niños y ancianos puedan llevar una vida verdaderamente humana. No se trata de soñar con la riqueza, ni

con la sociedad de consumo; se trata de un nivel digno de la persona humana para todos, digno de hijos e hijas de Dios..." (**Homilía**, 4, Haití).

En esto hay que recuperar el tiempo perdido, que es tiempo de sufrimientos prolongados y de esperanzas no satisfechas, como ya había dicho el propio Papa en Culiapán el 29 de enero de 1979. Recogiendo las palabras de Pablo VI en la **Populorum progressio** insta Juan Pablo II "a actuar pronto y en profundidad. Hay que poner en práctica transformaciones audaces, profundamente innovadoras. Hay que emprender, sin esperar más, reformas urgentes" (**Discurso campesinos**, 5, Panamá). Por lo que toca al campo el Papa habla de "crear las estructuras del verdadero desarrollo; para llevar al campo nuevos instrumentos y medios que alivien la fatiga del campesino, que hagan su encuentro cotidiano con la tierra una situación más humana y más alegre, se aumente la productividad y se retribuya con precios justos el esfuerzo de sus manos" (ib., 5). El Papa no habló de reforma agraria porque "la distribución de la tierra y sus modos de explotación que reúne a propietarios, hacendados y agricultores asalariados, varía de un país a otro, según el sistema socio-político. A veces coexisten la propiedad privada, las cooperativas comunitarias y empresas del Estado" (ib., 4). Por eso tal vez advirtió: "no vengo con las soluciones técnicas o materiales que no están en manos de la Iglesia..." (ib., 3).

Hablando a los indígenas en Quezaltenango abogó por "una legislación cada vez más adecuada que os **ampare eficazmente** de los abusos y os proporcione el ambiente y los medios adecuados para vuestro normal desarrollo" (**Discurso indígenas**, 4, Guatemala). Les pide sobre todo solidaridad: "organizad asociaciones para la defensa de vuestros derechos y la realización de vuestros proyectos. Cuántas obras importantes se han logrado ya por este camino" (ib., 5). Hablando a los obreros en Honduras en concordancia con la **Laborem exercens** propone "desarrollar los sistemas y procesos que están de acuerdo con el principio de la prioridad del trabajo sobre el capital, implantando estructuras y métodos que superan la contraposición entre trabajo y capital" (**Mensaje obreros**, 3, Honduras). Se requiere "el estudio de nuevos modos de organización del trabajo y de las estructuras referentes al trabajo, según las exigencias que emergen de la dignidad del trabajador, de su vida en familia y del bien común de la sociedad..." (ib., 3). Y como referencia concreta contra el desempleo di-

**...el mal que penetra en los corazones y en la estructuras sociales.
El mal de la división entre los hombres, que ha sembrado el mundo
de sepulcros con las guerras, con esa terrible espiral del odio que arrasa,
aniquila, en forma tétrica e insensata.**

ce: "Hay que tender con todas las fuerzas sociales disponibles a integrar a todo trabajador en las diversas actividades del **trabajo productivo**. Y será quizá oportuno separar una parte de beneficios laborales, para convertirlos en nuevos puestos de trabajo en favor de los desocupados. Además de tratar de promocionar actividades que estén también unidas al sistema productivo, como la asistencia social, los proyectos de educación y cooperación, las iniciativas culturales y otras" (ib., 5).

c) En definitiva el Papa propone como solución de la injusticia estructural lo que llama enseñanza o doctrina social de la Iglesia. Algunos seguidores del viaje papal han querido reconocer en las palabras papales la antigua pretensión de que la doctrina social de la Iglesia plantea un nuevo sistema económico, social y político, que puede compararse con ventaja al capitalismo y al socialismo y llegar a sustituirlos. ¿Es esto así?

Por lo pronto puede decirse que el Papa está contra los modos históricos que han adoptado capitalismo y socialismo para llevar adelante su ideal de hombre y de sociedad. Así aparece muy claramente en la **Laborem exercens** y así aparece también en las distintas afirmaciones que hizo Juan Pablo II en su gira por Centroamérica. Para el Papa es posible el cambio "sin recurrir a métodos de violencia ni a sistemas de colectivismo, que pueden resultar no menos opresores de la dignidad del hombre que un capitalismo puramente economista. Es la vía del hombre, el humanismo proclamado por la Iglesia en su enseñanza social el que podrá hacer superará situaciones lamentables, que esperan oportunas reformas" (**Saludo**, 4, Costa Rica). En ese sentido todo hombre de Iglesia "rechaza como inadecuados y nocivos tanto los planteamientos materialistas del capitalismo puramente economista, como los de un colectivismo igualmente materialista, opresores de la dignidad del hombre" (ib., 7), porque son rechazados por la enseñanza social de la Iglesia. "Vuestro justo compromiso por la justicia, por el desarrollo material y espiritual, por la participación efectiva en la vida social y política, ha de seguir las orientaciones marcadas por la enseñanza social de la

Iglesia, si queréis construir la nueva sociedad, la de la justicia y de la paz. Métodos y vías distintas engendrarán nuevas formas de injusticia, donde nunca encontrareis la paz que tanto y tan justamente deseáis" (**Discurso campesinos**, 6, Panamá). Ni las promesas fáciles de una sociedad capitalista ni el "espejismo de un compromiso revolucionario que quiere cambiar las cosas y las estructuras, recurriendo incluso a la violencia" (**Alocución sacerdotes**, 4, El Salvador).

Y, sin embargo, ve un gran futuro a la enseñanza social de la Iglesia que en El Salvador llamó doctrina social de la Iglesia. Habla el Papa de una "improrrogable aplicación" de la enseñanza social de la Iglesia (**Alocución obispos**, 7, Costa Rica). "En su enseñanza social no ha cesado de indicar a personas e instituciones, Estados y Organismos internacionales que aseguren el necesario desarrollo de la actividad agrícola, para que crezca en armonía y se eliminen las lacras que afectan a los hombres del campo" (**Discurso campesinos**, 3, Panamá). "Con mecanismos e instrumentos de auténtica participación en lo económico y social, con el acceso de los bienes de la tierra para todos, con la posibilidad de la realización por el trabajo; en una palabra, con la aplicación de la doctrina social de la Iglesia (**Homilía**, 7, El Salvador). "Ese es el substrato de la Enseñanza social de la Iglesia. A la fiel aplicación de la misma debe orientarse el cristiano, como camino concreto hacia la solución de tantos problemas que afectan a nuestra sociedad. Para ello, será necesario difundir tal enseñanza y formar bien a quienes la propongan con gran fidelidad. Se prestará así un gran servicio al hombre de hoy, porque en ella encontrará el estímulo para despertar las conciencias, promover una mayor justicia, fomentar una mayor comunicación de bienes, favorecer un más generalizado acceso a los beneficios de la cultura y cimentar de este modo una más pacífica convivencia" (**Homilía**, 7 Guatemala). La presenta sobre todo como inspiración que deja abierto un gran campo a la iniciativa a quienes desean trabajar en favor de la justicia y de la paz.

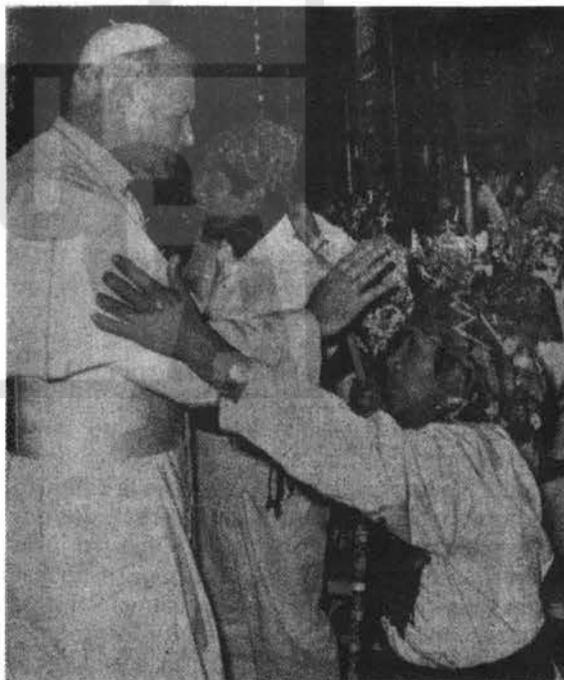
Fue en el mensaje a los obreros donde Juan Pablo II, siguiendo su propia encíclica **Laborem**

exercens concretizó más lo que pide la enseñanza social de la Iglesia: prioridad del trabajo sobre el capital, el carácter prevalentemente subjetivo de la persona humana y de su trabajo, constitución de asociaciones y sindicatos con conveniente libertad de acción, el justo salario, activa colaboración del empresario directo, que los canales de comunicación y participación estén asegurados, superación del desempleo. "La opción que se pone ante nosotros no es la del status quo o la lucha ideológica de clase, con su correspondiente violencia... El modo de acabar con la violencia de la oposición de clases, no es ignorar las injusticias, sino corregirlas, como la Iglesia reclama insistentemente en su enseñanza social" (**Mensaje obreros**, 3, Honduras). "Al proponer estos objetivos no se quiere simplemente acusar a un sistema, ni efectuar una especie de análisis de clase que contraponga una ideología a otra. La Iglesia habla partiendo de una visión cristiana del hombre y de su dignidad. Porque está convencida de que no hay necesidad de recurrir a ideologías y proponer soluciones violentas, sino comprometerse en favor del hombre, de cada hombre y de todos los hombres, de su dignidad integral, partiendo del Evangelio" (ib., 2).

El Papa reafirma que la Iglesia no tiene que recurrir a ideologías para presentar las exigencias del Evangelio incluso en el terreno de lo social y de lo político. Pero en este contexto utiliza un concepto reducido de ideología. Es evidente que con el Evangelio sólo no se puede construir una sociedad ni pueden detectarse los mecanismos estructurales que más allá de la intención de las personas convierten a una sociedad en injusta. Es por otra parte evidente históricamente que la enseñanza social de la Iglesia ha sostenido a lo largo de los años soluciones concretas que ni son evangélicas ni han podido seguirse manteniendo. Puebla mismo enfoca de otro modo el problema de las ideologías, porque sin ellas no se puede vivir ni actuar, ya que la fe cristiana necesita de múltiples mediaciones que sin desfigurarla o desvirtuarla la capaciten para articularse con proyectos no sólo personales y comunitarios, sino estrictamente socio-estructurales. Efectivamente en los sistemas sociales y políticos hay formalmente esferas de realidad que no se reducen a lo personal y comunitario y que, por tanto, no pueden ser analizadas ni puestas en acción con categorías y prácticas que se reduzcan a lo personal y comunitario. Este ámbito de lo socio-estructural no es, desde luego, ajeno a la fe, ni consiguientemente a la enseñanza social de la

Iglesia, pero ni la fe ni la enseñanza social de la Iglesia están en capacidad de abarcarlo adecuadamente. Necesita de una teoría y de una práctica que desborda el ámbito de la fe; fe que según la antigua y sólida distinción escolástica lo abarca todo, pero no lo abarca totalmente.

Es indudable que la enseñanza social de la Iglesia debidamente inculcada a nuestra situación puede aportar extraordinarios e insustituibles bienes y ventajas. Por eso debe ser presentada incansablemente, pero debe ser presentada como lo que es y no como otra "ideología" sustitutiva de la ideología capitalista economicista o de la ideología colectivista totalitaria. La enseñanza social de la Iglesia no es sustitutiva de las ciencias sociales ni de la praxis histórica, ni éstas en su propia autonomía tienen que ver en aquella más que una norma negativa con la que no se debe entrar en contradicción y una fuente de inspiración positiva para el propio trabajo teórico y práctico. Lo que se decía de la fe respecto de la filosofía, cuando se discutía sobre la cuestión de si es posible una filosofía cristiana, debe repetirse con mayor razón de la enseñanza social de la Iglesia respecto de las ciencias sociales y de la práctica socio-política y económica. Juan Pablo II sostiene con razón que la Iglesia en cuanto tal y los cristianos en cuanto tales no necesitan de



ideologías extrañas para tener su comprensión genérica del hombre y de la sociedad, una comprensión no técnica ni científica; pero con ello no quiere decir que deba cesar todo esfuerzo filosófico, científico y técnico para profundizar lo que es el hombre y lo que es la sociedad, para analizar lo que es una determinada coyuntura, para proponer soluciones eficaces. Incluso en toda esta compleja tarea la fe y el pensamiento cristiano tienen mucho que aportar, pero no pueden sustituir lo que es específico de otras esferas de saber y de actuar. Aquí también es válido aquello de dar a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César, sin que por ello se plantee un abismo entre las cosas de Dios y las cosas de los hombres. En el caso de que se llame ideología al conjunto cosmovisional, valorativo, interpretativo y transformativo que resulta de la interacción de análisis, prácticas y situaciones, no puede decirse que se pueda prescindir de ideologías o de que la ideología cristiana sea suficiente para interpretar y transformar el mundo ni en lo personal, ni en lo socio-económico ni en lo histórico.

d) Un punto en el que Juan Pablo II ha insistido extensa y fuertemente es en su no a la violencia. Apenas ha habido discurso en que no haya dedicado al tema palabras encendidas y convencidas. Los países centroamericanos están sacudidos por la violencia y es ese uno de sus males mayores, una de las causas inmediatas de los mayores sufrimientos del pueblo. Ya en su primera alocución fuerte a los obispos centroamericanos les dijo: "Todo hombre de Iglesia deberá tener en cuenta que no puede recurrir a métodos de violencia que repugnan a su condición cristiana, ni a ideologías que se inspiran en visiones reductivas del hombre y de su destino transcendente" (**Alocución obispos**, 7, Costa Rica). A las religiosas les decía: "podeis desconectar los mecanismos de la violencia mediante una educación integral y una promoción de los valores auténticos del hombre" (**Alocución religiosas**, 4, Costa Rica). Con los jóvenes costarricenses desarrolló más el tema: "Y, ¿qué deciros, amados jóvenes, de los horrores del odio y la violencia? Es una triste realidad que, en este momento, gran parte de América Central está cosechando los amargos frutos de la semilla sembrada por la injusticia, por el odio y la violencia" (**Discurso jóvenes**, 5, Costa Rica). Situación de muerte y enfrentamiento ante la que el Papa "siente la imperiosa necesidad" (ib.) de anunciar el mensaje de amor y de repetir las palabras de Pablo VI: la violencia no es cristiana ni evangélica.: "Sí, vosotros

amadísimos jóvenes, tenéis la grave responsabilidad de romper la cadena del odio que produce odio, y de la violencia que engendra violencia. **Habéis de crear un mundo mejor que el de vuestros antepasados...**" (ib.). Incluso en el saludo a las autoridades nicaragüenses recalcó: "Vengo también para lanzar una llamada de paz hacia quienes dentro o fuera de esta área geográfica —donde quiera se hallen—, favorecen tensiones ideológicas, económicas o militares que impiden el libre desarrollo de estos pueblos amantes de la paz, de la fraternidad y del verdadero progreso humano, espiritual, social, civil y democrático" (**Saludo**, 2, Nicaragua). También a los educadores les insistió: "Sabed forjar en vuestros educandos corazones grandes y serenos en el amor a la patria y, por eso, constructores de paz. Porque sólo una profunda reconciliación de los ánimos será capaz de sobreponerse al espíritu y a la dialéctica de la enemistad, de la violencia —sea encubierta o patente—, de la guerra, que son caminos de autodestrucción" (**Discurso educadores**, 5, Nicaragua). El mismo mensaje a los campesinos: "En la búsqueda de una mejor justicia y elevación vuestra, **no podeis dejaros arrastrar por la tentación de la violencia**, de la guerrilla armada o de la lucha egoísta de clases; porque éste no es el camino de Jesucristo, ni de la Iglesia, ni de vuestra fe cristiana. Hay quienes están interesados en que abandoneis vuestro trabajo, para empuñar las armas del odio y de la lucha contra otros hermanos vuestros. A estos no debéis seguir. ¿A qué conduce este camino de la violencia? Sin lugar a dudas, crecerá el odio y las distancias entre los grupos sociales, se ahondará la crisis social de vuestro pueblo, aumentarán las tensiones y los conflictos, llegando hasta el inaceptable derramamiento de sangre, como de hecho ya ha sucedido. Con estos métodos, completamente contrarios al amor de Dios, a las enseñanzas del Evangelio y de la Iglesia, hareis imposible la realización de vuestras nobles aspiraciones. Y se provocarán nuevos males de descomposición moral y social, con pérdida de los más preciados valores cristianos" (**Discurso campesinos**, 6, Panamá). También en El Salvador dijo que "el designio de Dios no revela la dialéctica del enfrentamiento, sino la del amor que todo lo hace nuevo" (**Homilía**, 2, El Salvador); "es urgente sepultar la violencia que tantas víctimas ha cobrado en ésta y en otras naciones" (ib., 7). Apenas habló de la violencia expresamente en Guatemala, aunque sí se refirió abundantemente a la injusticia; sin embargo, a los universitarios,

intelectuales y educadores les recomendó que propicien la justicia "evitando al mismo tiempo las violencias destructoras de los enfrentamientos revolucionarios" (*Mensaje universitario*, 7, Guatemala); a los indígenas también les exhortó a ser ellos mismos "los primeros artífices de vuestra elevación" (*Discurso indígenas*, 2, Guatemala) "a seguir las vías de solución concretas trazadas por la Iglesia en su enseñanza social por ese camino de las necesarias reformas, evitando todo recurso a la violencia" (ib., 4). En Honduras recomendó a los obreros que siguieran la enseñanza social de la Iglesia en sus justas reivindicaciones, porque la Iglesia está convencida "de que no hay necesidad de recurrir a ideologías o proponer soluciones violentas" para resolver los problemas (*Mensaje obreros*, 2, Honduras. En Haití reiteró que son necesarios los cambios, pero dijo: "hacedlo sin violencia, sin asesinatos, sin luchas intestinas, que con frecuencia no engendran sino nuevas opresiones..." (*Homilía*, 4, Haití). Finalmente en la síntesis que hizo de su viaje en la audiencia general del 16 de marzo, aunque reconoce que las "tensiones" tienen su origen en las viejas estructuras socio-económicas, "en las estructuras injustas" afirma que la solución es cambiar el "sistema injusto" "por medio de reformas adecuadas y con la observancia de los principios de la democracia social" y no por el camino de la violencia (*Ecclesia*, 26 marzo, 1983, pp. 6-7).

Sin embargo, a pesar de tantas referencias a la violencia el Papa no ha hecho en Centroamérica un tratado sistemático de la violencia. Ha rechazado toda forma de violencia, pero ha insistido más en la violencia revolucionaria y guerrillera, sobre todo la inspirada en la ideología marxista de la lucha de clases. Directa o indirectamente acusa a esta violencia de la guerrilla de proceder del odio, de fomentarlo, de traer males mayores a los actualmente imperantes, de ser ineficaz para traer la anhelada paz, de llevar a un derramamiento de sangre inaceptable, de propiciar la descomposición moral y social... ¿Es éste un cuadro completo y una teoría acabada de lo que es la violencia en Centroamérica?

El Papa no gusta de hablar de la injusticia estructural, a la que, sin embargo, tan duramente fustiga, como violencia, aunque sí la reconoce como semilla de violencia. Tampoco se ha detenido en lo que es la violencia mayor cuantitativa y cualitativamente en El Salvador y Guatemala que es la violencia represiva, propiciada mayoritariamente no por los movimientos revolucionarios, sino por los gobiernos y los movimientos reaccionarios. Tampoco ha hablado de la violencia que se puede hacer, según la doctrina tradicional de la Iglesia, por necesidad de justa defensa. Tampoco ha hablado del derecho, también reconocido tradicionalmente por la Iglesia y recordado por Pablo VI y Medellín, a la insurrección en casos extremos. Tampoco ha hablado de la guerra justa cuando se han agotado todos los métodos pacíficos para superar situaciones insostenibles. Y viniendo a los hechos no ha hablado del modo de conducir la guerra por los ejércitos salvadoreños y guatemalteco ni tampoco ha hablado de la violencia de los grupos armados somocistas contra la población civil nicaragüense y contra el Estado sandinista. No consideró oportuno tratar todos estos temas de una manera sistemática para aplicarlos después a la doliente realidad de nuestros pueblos.

Y, sin embargo, no por eso su mensaje sobre la violencia deja de ser válido. El Papa debía gritar en favor de la paz, en favor del amor, en favor de la vida y en contra de la guerra, del odio y de la muerte. Y lo hizo de modo admirable. Lástima que no tuviera un discurso o mensaje especial a los militares, que tienen en nuestros pueblos un papel tan importante a la hora de buscar explicaciones de la prolongación de la injusticia estructural y del sistema injusto como a la hora de explicar múltiples formas de violencia. Pero el Papa no venía a abrir nuevas heridas, a hacer denuncias estériles, aunque reservó para la Iglesia esta libertad de denuncia, aunque a veces lo tenía que hacer "con las manos atadas" (*Homilía*, 4, Haití). Las partes hoy en conflicto deben ver ya la perentoriedad de dejar el camino de las armas para encontrar una solución política y, más en general, de dejar toda forma de violen-

No podía traerles la solución hecha, ante problemas complejos que escapan a la capacidad de la Iglesia. Pero me he acercado a ellos con respeto y cariño, con una palabra que diera voz ante el mundo, a sus sufrimientos callados y a veces olvidados; con una palabra de invitación al cambio de actitudes interiores, que hagan embocar el camino hacia la paz en la justicia y dignidad...

cia. Donde todavía no se ha desatado el conflicto, las partes deben apresurarse para que no se llegue a la violencia de las armas y a la violencia de la represión. Nicaragua, Guatemala y Honduras debieran servir de suficiente ejemplo para que las injusticias de Honduras, Panamá y Costa Rica busquen su solución democrática lo antes posible.

e) Donde el Papa insistió más fue en la creación de aquellas condiciones subjetivas que son indispensables tanto para el mejoramiento de las personas como para el cambio de las estructuras sociales. Fue lo que llamó cambio de actitudes en lenguaje antropológico y lo que llamó conversión en lenguaje teológico. Quizá pudiera parecer que insistía demasiado en el cambio de los factores subjetivos, atribuyéndoles demasiado peso a la hora de realizarse el cambio estructural. Pero ese cambio, además de ser importantísimo en sí mismo y a la hora de las transformaciones sociales, es el que le cae más cerca a la Iglesia y es más apropiado a su misión.

Así en Costa Rica diría a los jóvenes un rotundo no al egoísmo, a la injusticia, al placer sin reglas morales, a la desesperanza, al odio y a la violencia a la irresponsabilidad y a la mediocridad; y asimismo un rotundo sí a Dios, a Jesucristo y a la Iglesia, a la fe y al compromiso que ella encierra, al respeto de la dignidad, de la libertad y de los derechos de las personas, al esfuerzo por elevar al hombre y llevarlo hasta Dios, a la justicia, el amor y la paz, a la solidaridad con todos especialmente con los más necesitados, a la esperanza, al deber de construir una sociedad mejor (**Discurso jóvenes, 7, Costa Rica**). En El Salvador Juan Pablo II dio una gran importancia al corazón del hombre: "de ese corazón dividido vienen los males de la sociedad y al mundo" (**Homilia, 2, El Salvador**). La tierra nueva debe dejar fuera la opresión y el odio y abrirse a los sentimientos cristianos: comprensión, benevolencia, humildad, dulzura, paciencia... (ib. 4). "Por eso el cristiano sabe que todos los pecadores pueden ser rescatados: que el rico despreocupado, injusto, complacido en la posesión egoísta de sus bienes— **puede y debe cambiar de actitud**; que quien acude al terrorismo, **puede y debe cambiar**; que quien rumia rencores y odios, **puede y debe librarse de esta esclavitud**; que los conflictos **tienen modos de superación**; que donde impera el lenguaje de las armas en pugna, **puede y debe reinar el amor**; factor irremplazable de paz" (ib., 5). La violencia quedará sepultada con una verdadera conversión

a Jesucristo (ib., 7). Hay que despertar en todos sentimientos y deseos de reconciliación. A los religiosos les pidió estar "comprometidos en la promoción de la justicia, en la elevación cultural y humana del hombre, en la causa del pobre. Pero al trabajar ante todo en favor de éste, recordad que no debeis excluir a nadie" (**Alocución religiosos, 4, Guatemala**). Todos, especialmente los obispos y sacerdotes deben constituirse muy especialmente en ministros y predicadores de la unidad y de la reconciliación..

El Papa, pues, hace un apremiante llamado a cambiar de mente y de corazón, a crear nuevas actitudes, a despertar la firme esperanza de que es posible un futuro mejor para los pueblos centroamericanos. No es ésta la única misión de la Iglesia, pero es misión imprescindible que pocos, si alguno, puede realizar como ella, cuando la Iglesia, además de ser una, es sobre todo, santa, porque de nada sirve espiritualmente una unidad que no esté fundamentada en la santidad y en la verdad. La riqueza del mensaje papal en este punto es enorme, pero su tratamiento adecuado debe hacerse sobre todo desde una perspectiva teológica.

f) Juan Pablo II tenía que enfrentarse, sobre todo, en El Salvador con el tema del diálogo. Dada la guerra civil, ¿cómo se puede salir de ella? Como es sabido, el FDR-FMLN habían propuesto el diálogo como método eficaz para concluir con la violencia en el país; por otra parte, sus contrarios se resisten a todo tipo de diálogo con quienes ellos piensan ser subversivos y comunistas. Aunque del diálogo como método de paz para resolver los conflictos sociales había hablado ya Juan Pablo II en la Jornada de la Paz de este mismo año y aunque durante todo su viaje resaltó la necesidad de un verdadero diálogo, fue en El Salvador donde se enfrentó más a fondo con este tema.

Su planteamiento es inicialmente religioso: "El amor redentor de Cristo no permite que nos encerremos en la prisión del egoísmo que se niega al auténtico diálogo, desconoce los derechos de los demás y los clasifica en la categoría de enemigos que hay que combatir" (**Homilia, 4, El Salvador**). El diálogo incluso puede resultar difícil y estéril sea porque se usa la mentira táctica y deliberada, que abusa del lenguaje y recurre a formas sofisticadas de propaganda, sea porque una de las partes se ve alimentada por ideologías, en concreto aquellas "que ven en la lucha el motor de la historia, en la fuerza la fuente del derecho, en la clasificación del enemigo el a-b-c de



la política" (ib.), donde de alguna manera se alude al marxismo. ¿Será entonces que con los marxistas no se puede dialogar? ¿No se le recomendaba al sindicato "Solidaridad" que estableciese diálogo y no confrontación con el gobierno marxista de Polonia? Como quiera que sea "el diálogo que nos pide la Iglesia no es una tregua táctica para fortalecer posiciones en orden a la prosecución de la lucha, sino el esfuerzo sincero de **ponderar con la búsqueda de oportunas soluciones** a la angustia, el dolor, el cansancio, la fatiga de tantos y tantos que anhelan la paz" (ib.). "Urge pasar de la desconfianza y agresividad, al respeto, la concordia, en un clima que permita la ponderación leal y objetiva de las situaciones y la búsqueda prudente de los remedios" (ib., 5). La paz debe ser para todos y "nadie debe ser excluido del esfuerzo por la paz" (ib. 6). Texto que así lo transcribe **L'Osservatore Romano**, pero que no fue pronunciado así, sino "**nadie debe ser excluido del diálogo por la paz**", como bien transcribe **Ecclesia**, incluido el subrayado como estaba en el texto distribuido de antemano a la prensa.

Evidentemente el Papa no endosa aquí el diálogo que el FDR-FMLN ofrece como solución política a la guerra actual, a la violencia y a la apertura de caminos nuevos. Tampoco endosa sin más la propuesta gubernamental. En un texto introducido a última hora, una vez que se supo que el Presidente Magaña iba a ofrecer otro tipo de solución política en el **Discurso** de bienvenida, el Papa añadió: "Hago votos para que las medidas anunciadas en el discurso del Señor Presidente y todos los demás medios adecuados, contribuyan al ordenado y pacífico progreso de la sociedad, fundado en el respeto a los derechos de todos y que en él todos tengan la posibilidad de colaborar en un clima de verdadera democracia a la promoción del bien común" (**Saludo**, El Salvador). Queda pues abierta la puerta a "todos los demás medios adecuados" y a que todos tengan la posibilidad de colaborar en el ordenado y pacífico progreso. Pero si no endosa ese diálogo entre esos dialogantes, el Papa quiere que a través de un verdadero diálogo se busque la salida al problema salvadoreño, un diálogo en que intervinieran todos y del que no sea excluido nadie, que acuda a él con seriedad y sinceridad. Esa misma solución del diálogo es la que se propone para otros conflictos del área y aun para otros conflictos mundiales. La técnica y el alcance del diálogo son ya temas en los que el Papa no puede

entrar, a no ser en casos como los del canal de Beagle, en que se le encomendó su mediación sin que hasta ahora se haya logrado resultado positivo, aceptado por las dos partes, aunque por lo menos se ha evitado el caer en una guerra absurda entre los dos países involucrados.

El Papa hace un llamado a la reconciliación. Mucho habrá de trabajarse por ella. Pero no se puede esperar a que los ánimos se reconcilien para encontrar la salida inicial de los grandes problemas centroamericanos. Mucho antes hay que llegar a una salida de los conflictos, pues de poco servirán palabras y llamados si la guerra y, sobre todo, la represión siguen fomentando su espiral de odio y de violencia. Hay que acabar con la guerra y la represión y si el final no ha de venir por la fuerza bruta y por el holocausto, tendrá que serlo por algún otro medio acordado entre las dos partes principales que hoy llevan el peso del conflicto.

A pesar de esta amplia síntesis que hemos hecho de todos los discursos del Papa en su gira por Centroamérica y Haití y a pesar de habernos circunscrito metódicamente a los aspectos ético-políticos han quedado fuera matices y aun asuntos que podrían haber sido tratados, sobre todo los referentes a la cultura y a la educación. De ella espera mucho el Papa para construir la tierra nueva y sobre todo edificar el hombre nuevo. Pero lo dicho, sobre todo por la generosa y amplia gama de citas que se ha hecho, puede dar una idea de qué es lo que el Papa ha recalcado en este viaje centroamericano respecto de la situación de los diversos países. Eran sobre todo Nicaragua por unas razones y Guatemala, El Salvador y Haití por otras los países que ofrecían problemas más dramáticos, pero los discursos fueron repartidos para sacar de ellos un mensaje bastante unitario, aunque de diferente aplicación según las circunstancias. Su resumen puede ser el siguiente. El área vive en una tensión extrema que causa multitud de muertes y sufrimientos en razón de la violencia desatada en ella. La raíz última de esa tensión está en la secular injusticia estructural a la que no se ha puesto remedio a tiempo por el predominio en el área de un sistema injusto, que es el capitalismo economista. Esto no significa que la solución esté en pasarse al sistema colectivista totalitario. Hay que buscar otro sistema nuevo para lo cual mucho puede servir de inspiración la enseñanza social de la Iglesia. El cambio no puede procurarse por medios violentos, que empeoren la situación reinante, ni la situación de extrema injusticia debe propiciar el



odio como fuerza de solución. Es importante cambiar la dinámica del odio por la dinámica del amor, es importante llegar a un cambio de actitudes, que conduzcan a la reconciliación más que a la lucha. Pero no por eso se ha de ser pacifista a ultranza como si cualquier tranquilidad aparente fuera ya la paz. No puede hablarse de paz sin justicia; no puede lograrse la justicia sin cambios profundos y urgentes. Hasta puede hablarse de una revolución pacífica, llena de exigencias en la lucha por el bien y que rechaza a cuantos recurren al odio y sus manifestaciones como instrumento para forjar una nueva sociedad. A este trabajo deben incorporarse todos: no basta con que las autoridades cumplan con su obligación de promover leyes justas y de velar por el bien común. "La fe nos dice que podemos tomar responsablemente las riendas de la historia para ser artífices de nuestro propio destino. El Señor de la historia hace al hombre y a los pueblos protagonistas, sujetos de su propio futuro, respondiendo al llamado de Dios" (**Alocución obispos**, 8, Costa Rica). Obreros, campesinos, indígenas deben

unirse para defender sus derechos y para promover sus propios proyectos, sin tener que entrar en conflicto de su parte con otros sectores de la sociedad.

A muchos parecerá excesivamente idealista este mensaje. Idealista porque propone ideales difíciles de conseguir. Idealista porque confía excesivamente en la subjetividad humana. Idealista porque no tiene en cuenta todos los datos materiales de nuestra última historia. Idealista porque parecidas palabras ya se han repetido otras veces con muy pocos resultados. Idealista porque no operativiza los buenos deseos, propósitos y aun ideas. Pero ni el Papa ni la Iglesia pueden hacer todo lo que se necesita hacer para acabar con la injusticia e instaurar la paz. No hay que pedirles más que lo que pueden dar. Y esto es mucho, aunque no es suficiente. Palabras dichas en ocho días no pueden resolver problemas materiales incubados durante siglos. De ahí la desproporción entre esas palabras y nuestra realidad, pero eso no las priva de su valor y también de su eficacia.